

A black and white close-up portrait of a man with a mustache and goatee, resting his chin on his clasped hands. The image is the background for the book cover.

# RUBALCABA

Un político de verdad

ANTONIO CAÑO

Alfredo Pérez Rubalcaba fue una figura singular y decisiva en todos los ámbitos de la política española de las últimas décadas. Químico de formación, cambió muy pronto la bata blanca del laboratorio por el traje y la corbata, más propios de los pasillos del Congreso en el que representó a los españoles durante seis legislaturas. Consagró treinta años de su vida a la construcción y al fortalecimiento de la democracia, hasta el punto de que ninguno de los grandes acontecimientos sucedidos desde el primer gobierno socialista hasta nuestros días puede explicarse sin su presencia.

Su temprana e inesperada muerte nos arrebató a un hombre de Estado en el mejor sentido de la expresión. Inteligente y lúcido, fue un rival temido por sus adversarios, pero también respetado por su lealtad y discreción, por su elegante forma tanto de dedicarse a la política como de abandonarla. Quizá porque ya no quedan perfiles como el suyo, su desaparición causó un impacto profundo entre los ciudadanos que, al margen de ideologías y por encima de las diferencias políticas, supieron reconocer su honradez, su talento y su generoso servicio al Estado.

Antonio Caño compartió con Rubalcaba sus últimos años en el Comité Editorial de *El País*, una etapa difícil en la que fue testigo de las inquietudes y desvelos de un hombre que siempre antepuso los intereses de España a los suyos. Esta biografía, que cuenta con los testimonios de amigos y colaboradores, así como con documentos inéditos en los que dejó reflejado su pensamiento, llena un vacío clamoroso en torno a su figura. A falta de esas memorias que Alfredo nunca quiso escribir, sirva este libro como homenaje al legado de un político de verdad.

*Para Yolanda, Pablo, Nicolás y Ana,  
mi mujer y mis hijos.*

Su comprensión de la crisis y la rapidez de su respuesta, un destello de genialidad política sorprendente por su agudeza y contundencia. Pero la genialidad de saber qué hacer era tan importante en momentos de crisis como la autodisciplina y la fuerza de voluntad que la hacían posible.

ROBERT CARO, *The Years of Lyndon Johnson. The Passage of Power*

## Prólogo

Poco después de las dos de la tarde de un cálido 11 de mayo de 2019, como en las fechas más solemnes, se abrió la Puerta de los Leones de las Cortes para dar acceso hacia el pórtico de columnas al féretro, cargado por policías y guardias civiles, que contenía los restos mortales de Alfredo Pérez Rubalcaba. Detrás caminaba su viuda, Pilar Goya, acompañada del presidente del Gobierno y la presidenta del Congreso. Delante, al fondo de las escalinatas que descienden hacia la Carrera de San Jerónimo, esperaba una multitud que quería despedir a un repentino héroe nacional y ofrecer consuelo a sus familiares. Los aplausos sonaron con vigor. «¡Mucho ánimo, Pilar!», se escuchó gritar. «¡Viva el Partido Socialista!» «¡Viva España!» Se respiraba emoción sincera y contenida. Aunque se decía adiós a un político, aquello no era un acto político ni una convocatoria organizada por un partido, sino una verdadera concentración de afecto, una explosión espontánea de reconocimiento y, seguramente, de nostalgia. Los reyes de España, Felipe y Letizia, y los anteriores portadores de la corona, Juan Carlos y Sofía, habían acudido en las horas previas a la capilla fúnebre, instalada en el Salón de los Pasos Perdidos, por cuyas alfombras el personaje desaparecido había recorrido en sus veintiún años como diputado kilómetros y kilómetros con el teléfono al oído, practicando su afición predilecta: conversar. Todas las demás autoridades del país se sumaron al homenaje: el presidente del Senado, los presidentes del Tribunal Supremo y del Tribunal Constitucional, ministros, di-

putados, líderes políticos. Millones de personas siguieron el acontecimiento en sus casas, a través de las muchas horas de retransmisión que le dedicaron todos los canales de televisión. Se declaró una jornada de luto oficial y las banderas ondearon a media asta. Todos los partidos, con excepción de Vox, suspendieron la campaña que en esos días se celebraba para las elecciones municipales, autonómicas y europeas del 26 de mayo. Por un rato, España olvidó la enorme polarización que ya dominaba la vida política en esos años para recordar a una figura que, inesperadamente, suscitaba el reconocimiento general. Fue la última contribución de Rubalcaba a la convivencia nacional.

«Me impresionó especialmente cuando bajamos las escaleras del Congreso», recuerda Pilar Goya. «Cuando apareció el féretro, la gente empezó a gritar, a gritarme, empezaron a llamarme: “¡Pilar, Pilar!”. Y eso que a mí nadie me conocía. Ahora me conocen un poco más. El otro día, una señora se me acercó en el autobús, me dio un beso y me dijo: “Tú ya sabes por qué”. Otra mujer en el supermercado me decía: “Yo no soy socialista, pero es que tu marido era admirable...”. Al Congreso se acercó todo tipo de gente, muchos le llevaban rosas, otros levantaban el puño, había quien se santiguaba y se arrodillaba, había quien le daba un beso, había quien se me acercaba, había quien ni se atrevía a acercármese, había gente mayor, gente joven, nadie por obligación, nadie por cotilleo o por curiosidad. Me impresionaron mucho sus alumnos, estaban absolutamente desconsolados, se me abrazaban, lloraban. Y gente de la calle, que me decía: “Yo no le conocía personalmente, pero siento un gran respeto por él... Mucho ánimo”. Me impresionaron los mandos de la Policía Nacional y de la Guardia Civil, todos tan emocionados y tan respetuosos. Y luego me contaron, porque yo no me moví en todo el tiempo del lado del féretro, pero me contaron que la cola en la calle era espectacular, que había un silencio impresionante, que hubo gente que hizo hasta tres horas de cola. Me dijeron

que no se había visto nada igual. Fue como una especie de catarsis, una catarsis colectiva».

No se había visto desde luego nada igual. Más de ocho mil personas contó la Policía Municipal de Madrid que habían desfilado delante del féretro durante las menos de ocho horas que permaneció expuesto. Otras tantas se concentraron en la puerta y a lo largo del recorrido del cortejo fúnebre hasta el cementerio de Tres Cantos. Aquello solo podía compararse con el funeral, cinco años antes, de Adolfo Suárez, quien, como Rubalcaba, había conseguido sumar afectos de todas las ideologías políticas o de ninguna ideología en particular. Pero, a diferencia de Suárez, el primer presidente de la democracia, una de las figuras míticas de la Transición, Rubalcaba ni siquiera había llegado a ser jefe del Gobierno; se reconocía simplemente su trabajo, su persona. Su aportación al socialismo y a España fue extensa y decisiva en muchos frentes y a lo largo de muchos años, como se comprobará en las páginas que siguen, pero nunca alcanzó la cúspide del poder, y su propio partido lo reconoció con los honores del máximo cargo, el de secretario general, únicamente durante tres muy difíciles años.

Los méritos que reconocían en Rubalcaba los miles de personas que se concentraron para despedirle no eran, por tanto, los de su rango o títulos, sino los de su obra y su figura. Sus méritos fueron sus logros, su servicio a la sociedad y su conducta personal. Tardó en entenderse esto. La magnitud del duelo por Rubalcaba sorprendió a todo el mundo. De hecho, es posible que la clase política no se hubiera volcado como se volcó si no hubiera percibido, como se percibió desde el anuncio de su muerte, el sentimiento de pérdida y dolor que se había apoderado de una gran parte del país, un país que llevaba años asistiendo a la degradación del debate político, a la explotación electoral del odio contra el adversario, al crecimiento del sectarismo y de la mediocridad, al ascenso de la demagogia y la superficialidad.

En medio de la ciénaga en la que se estaba convirtiendo la política en España, Rubalcaba, el recuerdo de Rubalcaba, emergió de repente para los ciudadanos como un gigante. En comparación con las figuras que cada día aparecían en los telediarios, Rubalcaba surgió súbitamente como un ejemplo de aquellos otros tiempos y aquellos otros políticos, de sólida formación y principios, que ponían al Estado como prioridad y eran capaces de entenderse con el adversario en un propósito supremo. En el reconocimiento a Rubalcaba había, por tanto, un reconocimiento a una generación de políticos que ya es historia, a una generación de dirigentes del Partido Socialista Obrero Español que también quedó ya en el pasado y a un tiempo de la historia de España en el que fuimos capaces de entendernos y de progresar en beneficio de la gran mayoría.

Rubalcaba fue un protagonista destacado de ese tiempo y un excelente ejemplo de lo que hemos dejado atrás. Químico y profesor universitario, entró en la política por convicción, por su deseo de participar en la construcción de un país libre y justo, que en aquellos primeros años setenta del siglo pasado todavía parecía remoto. Ascendió lentamente, pasando de un cargo a otro superior tras haber demostrado en cada uno su extraordinaria capacidad para obtener resultados por medio del trabajo, la perseverancia y la negociación. Triunfó en Educación, desde antes de ser ministro, con la Ley de Reforma Universitaria y la LOGSE, las leyes que modificaron el sistema educativo de la dictadura. Triunfó en Interior con el final de ETA, diseñado y ejecutado gracias a la mano firme y el talento excepcional de Rubalcaba. Triunfó en la oposición como un contrapunto — y, cuando fue necesario, un complemento— imprescindible del jefe del Gobierno, a quien criticó pero también aconsejó en momentos delicados, con el convencimiento siempre de que los intereses de España estaban por delante de cualquier otro. Bajo ese principio, sacrificó incluso sus planes personales para contribuir a la estabilidad del país du-

rante la abdicación del rey Juan Carlos, sobre la que, como veremos más adelante, existían en su momento dudas y temores. Rubalcaba sabía que la monarquía no era popular entre los militantes de su partido y pudo en aquel momento elegir entre sacrificar a la Corona para ganar popularidad entre los suyos o renunciar al aplauso fácil de los militantes para ayudar a la estabilidad del sistema. Escogió esto último.

Muchos de los reconocimientos posteriores al trabajo de Rubalcaba se le negaron en vida. De hecho, su carrera política no fue precisamente apacible. La derecha, consciente de la enorme capacidad de su rival, le temía y trató de destruirle en muchas ocasiones, a veces de forma abyecta. Su propio partido, al que nadie desde Felipe González ha contribuido tanto como Rubalcaba, tampoco le correspondió siempre adecuadamente. Aunque disfrutó de la amistad y el apoyo de muchos de sus compañeros socialistas, de militantes anónimos que le querían y admiraban, también sufrió la envidia, las afrentas y los desprecios de algunos de sus dirigentes en otros momentos.

Supo soportar unos y otros ataques con humildad —su mayor virtud— y con deportividad, como la consecuencia natural de la actividad política, a la que se dedicó —como todo lo que hacía— en cuerpo y alma, y de la que llegó a saber al menos tanto como el que más. Como buen político que era, entendía que no estaba en ese mundo para recibir palmadas y sonrisas, que suelen llegar de la mano de algún interés espurio. Y como buen político, sabía también pasar sin vacilación a la ofensiva cuando la situación lo requería. Se ha hablado mucho de su inteligencia, pero se han exagerado sus dotes maquiavélicas. En un país poco dado a la planificación y al orden, cualquier mente medianamente metódica parece maquiavélica. Se le atribuían a Rubalcaba una astucia y un carácter taimado que, en realidad, eran simplemente las cualidades de un hombre que se esforzaba en contemplar con meticulosidad toda la gama

de opciones —incluidos los probables movimientos del rival— antes de tomar una decisión.

Quizá se sorprenderá el lector si digo que, lejos de ese supuesto personaje astuto y algo perverso que a veces se dibujó —con la complicidad de su sonrisa pícara—, yo conocí a una persona tierna y con cierta propensión al sentimentalismo. Lo mismo dirán todos quienes le trataron más o menos íntimamente. Tuve muchas conversaciones con él en sus últimos años, ya lejos de la política activa, aunque nunca alejado de la política, cuando participó en el Comité Editorial de *El País* durante el periodo en el que fui director del periódico. En ninguno de sus comentarios percibí rencor —mucho menos odio— hacia ninguna figura sobre la que nos tocó conversar o criticar. Sus consejos siempre fueron de prudencia y moderación, invitándonos permanentemente a un esfuerzo de comprensión de los errores y defectos de los demás.

Hasta los últimos días de su vida, hablamos mucho y sobre muchas cosas. Sus consejos me ayudaron en momentos de indecisión y su estímulo me levantó en momentos de decaimiento. «Hoy es jueves, mañana hay puente y a juzgar por la asistencia a clase, los chicos han decidido extenderlo un poco. Hacen bien, ¡que disfruten de la vida todo lo que puedan! Lo mismo deberíamos hacer nosotros», me escribía en uno de los últimos cruces de mensajes.

Esas conversaciones, esos mensajes, han estado en mi cabeza durante todo el proceso de redacción de este libro. Han sido un buen sustituto al diario personal que Rubalcaba no tenía. Tampoco he podido recurrir en mi investigación a una agenda pormenorizada de sus actividades públicas, que nunca creyó necesario elaborar. El material utilizado para este libro son los testimonios de las personas que estuvieron a su lado a lo largo de su vida, tanto personal como profesionalmente, así como algunos de los documentos que él elaboró, los discursos que pronunció y el extenso reflejo que su larga actividad tuvo en los medios de comu-

nicación. Todas las personas a las que se solicitó contribuir con su versión para estas páginas aceptaron, con excepción de Pedro Sánchez, que no respondió a las solicitudes hechas a través del secretario de Estado de Comunicación, Miguel Ángel Oliver. No se agota en este volumen, por supuesto, el material para el mejor conocimiento de Rubalcaba. Nuevas y valiosas aportaciones para la construcción de su legado surgirán cuando la Fundación Felipe González pueda abordar la ordenación y el análisis del archivo que le donó Pilar Goya.

Habrán elementos y puntos de vista en las páginas que siguen para que el lector se forme su propia opinión sobre Rubalcaba. Ninguna vida es plana. Y ninguna biografía debería, por tanto, serlo. En Rubalcaba hay claros y oscuros, aciertos y errores. Trataremos de hacernos eco de unos y de otros. Pero me parece honesto advertir con anterioridad que escribo este libro desde el reconocimiento y la gratitud con Rubalcaba, más aún con la persona que con el político. Con el político estuve de acuerdo unas veces —las que más— y otras no. Pero Rubalcaba como persona será siempre un modelo de integridad y generosidad para generaciones sucesivas. Para mí, desde luego. A lo largo de los próximos capítulos nos extenderemos mucho más, por supuesto, en el político que en la persona, entre otras razones porque así lo hubiera querido con seguridad el propio Rubalcaba, quien siempre se esforzó en separar su vida privada de su dimensión pública y jamás confundió ni permitió que otros confundieran la una con la otra. Por lo demás, su vida personal, como tantas cosas en él, era de lo más sencilla, como atestiguarán en las páginas siguientes su mujer, sus familiares y sus amigos, muchos de ellos los mismos de su juventud.

No hablaba mucho Rubalcaba de su vida privada, pero le dedicó más tiempo del que puede imaginarse en una persona con tantas responsabilidades políticas durante tanto tiempo. Su hiperactividad —que pagó con su salud— le

permitía sacarle treinta horas al día, y era capaz de estar siempre cuando su familia le necesitaba. Igual que estaba a la orden cada vez que la política le reclamaba un servicio. Por sentido del deber, y por vocación también. Rubalcaba disfrutaba de la política, aun en los momentos más difíciles y también en su versión más mundana. Sabía moverse en las intrigas, conocía los laberintos de las conspiraciones y era capaz de anticipar los peligros antes de que estos resultaran obvios.

Todo eso lo convirtió desde muy al principio de su carrera en un gran consejero, lo que, añadido a su lealtad a prueba de bomba, hizo de él también el mejor escudero. «Yo siempre le decía: “Es que tú eres fantástico para resolver problemas”», recuerda Felipe González entre alguna de sus innumerables conversaciones con Rubalcaba. «Daba gusto conversar con él porque siempre hablábamos de los problemas y de sus soluciones. No importaba en qué posición estuviera cada uno. Yo le decía: “Eres muy táctico, tienes la capacidad de regate y de resolver los problemas inmediatos. Pero, claro, para ser como Messi hay que levantar la cabeza para ver dónde está el cielo”. Y a él le hacía mucha gracia. Como era tan del Madrid...»

Se le describía a veces en su entorno, en efecto, como un político con mejores dotes para la solución de los problemas inmediatos que los de largo plazo. Él lo asumía con bastante naturalidad, casi como si se tratara de una broma. En una de sus conversaciones con González, al poco de entrar a formar parte del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero como ministro del Interior, el expresidente recuerda que Rubalcaba le comentó: «Tú que siempre dices que soy muy táctico, espérate, ahora que estoy en este Gobierno, que no es como los tuyos, yo aquí en este Gobierno soy Mao Tse-Tung en la Larga Marcha. ¿Tú crees que yo miro corto? Pues aquí yo soy Mao Tse-Tung».

En todo caso, su fama de poseer más cualidades para la táctica que para la estrategia responde solo parcialmente a

la verdad. La mayor obra de su vida, el final de ETA, fue la consecuencia de una delicada planificación estratégica que exigió la coordinación de múltiples factores durante mucho tiempo y en muy diversas circunstancias. Lo mismo puede decirse de su papel en la crisis de Cataluña o de su implicación en la abdicación del rey Juan Carlos. Pero también es cierto que brilló más como número dos que como número uno, aunque, como veremos más adelante, las condiciones en las que asumió el liderazgo de su partido prácticamente lo condenaban de entrada al fracaso. Rubalcaba tomó el mando de un PSOE en pleno proceso de transición y bastante hizo con sostenerlo mientras estuvo el frente. Como se vería pocos años después, ese partido de Felipe González que Rubalcaba consiguió extender en el tiempo hasta 2014, estaba condenado a dejar de existir, al menos en la versión que conocimos.

Este libro también es, en ese sentido, una historia del PSOE, porque esas siglas son indisolubles de la figura de Rubalcaba. Militante con carnet del PSOE desde 1974 — aunque en realidad se incorporó al partido en 1977— hasta su muerte, su huella ya es visible en algunos de los principales acontecimientos de los primeros diez años de ese periodo y aparece prácticamente en todo lo relevante ocurrido en los veinte últimos. Ninguno de los grandes sucesos en el Partido Socialista en esas dos últimas décadas puede explicarse sin acudir a Rubalcaba, cuya ausencia definitiva en el partido, a partir de la victoria de Pedro Sánchez en las primarias de 2017, supone también el final de un periodo histórico. Hasta Sánchez, todos los líderes del moderno Partido Socialista —Felipe González, Joaquín Almunia y José Luis Rodríguez Zapatero— habían contado con Rubalcaba para misiones de alta responsabilidad. En el caso de Zapatero, prácticamente como un segundo presidente del Gobierno, seguramente como la figura que le dio consistencia a ese Gabinete.

Algo similar puede decirse de la reciente historia española. Tanto desde el Gobierno como desde la oposición, el nombre de Rubalcaba aparece relacionado con casi todos los episodios relevantes de las dos décadas pasadas. Sin duda, el final de ETA y el relevo en la Corona son los hechos que han quedado en la memoria colectiva. El primero porque constituye un hito que permitió normalizar definitivamente nuestra democracia. El segundo porque se percibió como un acto de generosidad y de responsabilidad extraordinario por parte de alguien con convicciones republicanas, dirigente de un partido de ideas republicanas y que era consciente de que se tendría que enfrentar a la incompreensión de muchos de sus compañeros y de otros en la izquierda.

Los próximos capítulos abordarán esos acontecimientos, pero también se mencionará a Rubalcaba en relación con otros asuntos de gran relevancia a los que estuvo vinculado de forma decisiva y en ocasiones muy polémica, como la negociación del Estatuto de Cataluña durante el periodo de Pasqual Maragall, los atentados islamistas del 11 de marzo de 2004 que provocaron un vuelco en los resultados electorales o, más recientemente, la crisis de Cataluña tras la decisión inicial de Artur Mas de renunciar a la vía constitucional y optar por la independencia.

Aunque su entierro fue el que merecía, nadie hubiera podido imaginarlo poco tiempo antes. Rubalcaba pasó los últimos meses de su vida encerrado en su facultad y en su vida privada, rodeado de sus familiares, sus amigos y sus alumnos. Estaba satisfecho con lo que hacía porque se conformaba con poco y nunca fue un hombre de grandes ambiciones personales ni era partidario de llamar la atención con conflictos de carácter personal. Pero los últimos contactos con los nuevos líderes de su partido habían sido tensos y frustrantes. Vio con decepción cómo castigaban a sus amigos por el simple delito de serlo y cómo a él mismo lo ignoraban sin explicación alguna.

Fue el último, pero no el único contratiempo que tuvo en la política. Siempre recordó como especialmente dolorosas las manifestaciones que el Partido Popular organizó en su contra durante la negociación que dio lugar al anuncio del final de las actividades terroristas de ETA. El hostigamiento del PP durante todo aquel proceso complicó enormemente el trabajo de Rubalcaba y enrareció mucho el clima político. En uno de los debates en el Congreso en 2007, con ocasión de la huelga de hambre que mantenía en prisión al etarra De Juana Chaos, Rubalcaba, entonces ministro del Interior, pronunció, en medio de un intercambio de acusaciones muy áspero, una frase que representa muy bien su filosofía política: «Y le diré más, yo no renuncio a que alguna vez ustedes [dirigiéndose al portavoz del PP, Eduardo Zaplana], nosotros y el resto de los grupos podamos sentarnos y recuperar esa unidad. No renuncio porque, créame, lo peor de todo no es para el Gobierno, aunque es malo que se rompa la unidad, faltaría más, lo peor es, de verdad, que debilita al Estado, nos debilita frente a aquellos que son sus enemigos y los nuestros».

La carrera de Rubalcaba no fue un camino de rosas. Conoció más derrotas que victorias, aunque estas siempre fueron más trascendentes. Aunque gozaba de un excelente sentido del humor, su figura política siempre estuvo rodeada de un halo levemente trágico. Nunca encarnó la imagen de un triunfador. En parte porque siempre permitió que otros se adueñasen de sus triunfos. Nunca se esforzó en poseer carisma ni se prestó, como hacen gran parte de sus compañeros de oficio, a someterse a los humillantes requerimientos de los jefes de imagen y gurús del *marketing*. Gustaba a los que gustaba y con eso le era suficiente.

Con su muerte, España reconoció la figura política descomunal que sobrepasó con mucho su propia voluntad de éxito. Él no se vio nunca a sí mismo como un presidente del Gobierno, pero no había ni en su generación ni en la que le ha sucedido nadie más dotado para ese cargo, un persona-